

Rafael Valencia Rodríguez. *In Memoriam*



Cualquiera, con solo pulsar una tecla, puede acceder al *curriculum* del arabista Rafael Valencia Rodríguez, investigador, profesor, traductor, conferenciante, Académico... Ello me permite no llenar el espacio cedido por *De Medio Aevo* con la enumeración interminable de sus méritos, títulos de sus publicaciones, colaboraciones en obras enciclopédicas, participaciones en Congresos, Tesis Doctorales y trabajos que ha dirigido... De todo ello es tan fácil proporcionar botones de muestra como difícil acertar en los criterios para seleccionar los más relevantes, porque casi todos lo son, aunque no los mismos para los distintos lectores. Solo destacaré que muchos de sus escritos, desde su propia Tesis Doctoral sobre la *Sevilla musulmana*, se han centrado en la que él, extremeño de nacimiento, consideraba su “tierra vital”, y donde transcurrió gran parte de su vida y murió. Pero su mirada fue mucho más amplia, como se descubre en *Al-Andalus y su herencia*, donde expone su ponderada visión de la presencia musulmana en España, o en *Las Taifas del Siglo XI en Andalucía*. O, por citar algún título con óptica diferente, *Marruecos: Parámetros Sociales, Políticos y Económicos y Perspectivas de Cooperación y Egipto y su Herencia en el Imaginario Universal*.

Especialista en figuras como las del historiador Ib-Jaldún o el filósofo Averroes (de la exposición *Ave-*

roes y su época fue Comisario), no cesó en una labor incansable de divulgación. Tampoco me detendré en sus muchos servicios prestados como responsable en ámbitos culturales y económicos. Además de haber sido durante años Director del Instituto Hispano-árabe de Cultura en Bagdad y Agregado Cultural de la Embajada en Irak, desempeñó funciones diversas, en estancias más o menos prolongadas, en Túnez, Egipto, Qatar (o Catar), Emiratos Arabes, Egipto, Jordania, Argelia, Nigeria, Marruecos...

Amigo, y compañero en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla, nuestra relación se estrechó en la última década, en que coincidimos en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (RAS-BL). Me voy a tomar la licencia de centrarme en esta labor, quizás menos conocida, pero que refleja unas cualidades personales que, creo, no afloran en las demás facetas.

Elegido miembro de la Institución el 12 de junio de 2009, ingresó el 24 de octubre del año siguiente, 2010, con un discurso titulado *El aire de Sevilla. Los refranes de la Sevilla árabe. A la sombra de Pascual de Gayangos*, y, tras formar parte –como Secretario Segundo– de la Junta Directiva de 2011 a 2014, fue elegido Director. Transcurridos los preceptivos tres años, manifestó reiteradamente que no deseaba continuar en el cargo, pero se le rogó y casi “obligó” a pre-

sentarse a un segundo “mandato”. Y seguía siéndolo, en funciones, cuando murió otro 12 de junio, de 2020, exactamente 11 años después de su elección. He formado parte del Equipo de Gobierno todo ese tiempo.

No es posible comprimir en unas líneas una tarea llevada a cabo en tantos años, y solo si se atina con las palabras podrá trasladarse una imagen cabal, aunque parcial, de la misma. Dos vienen a mi mente sin necesidad de reflexión: *entrega* y *renuncia*. Habría que sumar otras, como *jovialidad*, *ironía* ..., pero no quiero correr el riesgo de desviarme hacia un terreno en el que la balanza suele inclinarse del lado de la subjetividad. Durante una época no precisamente fácil, se *entregó* “en cuerpo y alma” —aquí tiene pleno sentido la expresión— a la Academia, pese a tener —y cumplirla— “*dedicación exclusiva*” en la Universidad. Cuando me dijo, meses antes de su inesperada muerte, que tenía la intención de jubilarse como profesor el 30 de septiembre, le pedí que lo repensara. Por desgracia, no tuvo ocasión de hacerlo, pues nos dejó ese fatídico 12 de junio de un no menos nefasto 2020. En acto de servicio, pues acababa de salir de la sede de la Academia, donde había estado toda la tarde trabajando, como hacía casi todas las tardes. Y no tardamos en descubrir que su *entrega* había llegado hasta el terreno económico, pues la Academia había sobrevivido en tiempos de recortes y penurias, en parte, gracias a sus *entregas* a fondo perdido.

Aunque he dicho que quería huir de las apreciaciones subjetivas, me gustaría decir que, en mi opinión, su permanente camuflaje verbal le servía de escudo para proteger y defender su mundo *reservado*. El término *reserva* sería, en efecto, otro con el que hay que contar para perfilar un modo de ser que

se proyectaba en la manera de actuar. Por varias y complejas razones, Rafael Valencia tenía especial empeño en no airear aquellos asuntos (sobre todo, si eran incómodos o problemáticos) que podrían recaer en o afectar a otros, confiado siempre en que sabría encontrar una salida. A veces, no pocas, se pasaba. Siempre he tenido la sensación de que nuestra amistad era asimétrica, esto es, que no llegué a igualar el afecto que, sin necesidad de una gran verbalización explícita, me tenía.

Poco voy a decir de su *renuncia*, en la acepción de “privarse de hacer la propia voluntad”. Uno de los motivos, no el único, por el que no quería presentarse a la reelección como Director de la RASBL era su propósito de preparar el acceso a la Cátedra. Méritos tenía de sobra, le faltaba tiempo. Pero, presionado, *renunció* a una más que legítima promoción. No fue la única *renuncia*. Pero como sé que no le gustaría fueran hechas públicas las demás, únicamente agregaré que en ningún momento buscó reconocimiento o gratitud.

El Discurso con que entró en la RASBL se cerraba con una referencia, una más, a Sevilla, ciudad “para soñarla casi al amanecer de un día de primavera, en una mañana *antes de que comience el verano o a principios del otoño*, a esa hora en que se tejen los sueños y se convierten en realidad”. A Rafael Valencia nos lo arrancaron días antes del inicio del verano de 2020, pero lo recordaremos en todas las estaciones de los años venideros.

Antonio Narbona
Universidad de Sevilla
anarbona@us.es